

ÉXODOS DE INDÍGENAS GUARANÍES-MISIONEROS AL TERRITORIO ORIENTAL DEL RÍO URUGUAY DURANTE LA REVOLUCIÓN

Prof. Oscar Padrón Favre¹

Uruguay ¿país sin herencia indígena? A lo largo de la pasada centuria predominaron de manera absoluta autodefiniciones colectivas que se expresaban en frases como “Uruguay país sin indios”; “Uruguay, país europeo en América”, “nuestras raíces vinieron en barco”, entre otras. Todas ellas buscaban subrayar el carácter absolutamente excepcional del Uruguay en el contexto latinoamericano por carecer de grupos indígenas.

Este orgullo racista era indecorosamente expuesto por las elites locales, en buena medida tributarias del proyecto de “limpieza étnica” que Sarmiento y otros pensadores contemporáneos habían expuesto como ideal para América: que desaparecieran los pueblos originarios y sus directos descendientes mestizos era una condición fundamental para entrar en la corriente de la civilización eurocéntrica (Padrón 1999).

Para la sustentabilidad del imaginario de un Uruguay sin indígenas ni herencia directa de ellos, era absolutamente funcional el reduccionismo conceptual de que los únicos grupos que habían existido en dicho territorio habían sido los charrúas y otras etnias cazadoras-nómadas pues estos habían desaparecido totalmente. Un pueblo indígena muerto era el ideal de “indio” para el darwinismo social predominante. Se lo podía idealizar, “nacionalizar”, homenajear en bronceos monumentos sin ningún temor pues el denominado “problema del indio” no iba a existir.

Situación paradójica de un gran olvido. Paralelo a este proceso se mantuvo un casi absoluto silencio por el papel histórico jugado por las Misiones Jesuíticas y el pueblo misionero². Una visión excesivamente nacionalista del pasado del país dejó automáticamente fuera de análisis todo aquello que en los tiempos pre-estatales no hubiera sucedido dentro de los límites actuales de Uruguay. A esto se unió la premisa indiscutible de que la población y la cultura del país era el mero resultado de un trasplante europeo, por lo tanto aquellos aportes inmigratorios que contradecían ese paradig-

1 Historiador y Docente. Director del Museo “Casa de Rivera” Durazno-Uruguay; Miembro de Número del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, del Instituto Histórico e Geográfico do Rio Grande do Sul y de otras instituciones académicas. Correo electrónico: oscarpadron@adinet.com.uy

2 Se denomina pueblo guaraní-misionero o misionero al que habitó las treinta Misiones jesuíticas de la Provincia del Paraguay. Si bien la población guaraní constituyó el aporte fundacional de dichas Misiones y su idioma fue el predominante, las mismas integraron numerosos miembros de otras etnias

ma eran marginados (Padrón 2000).

Cuando datos elocuentes de la realidad señalaban, por ejemplo, la potente vigencia lingüística guaraní, la embarazosa situación se superaba afirmando que el idioma de los charrúas era el guaraní no que éstos hubieran habitado dicho territorio. Cuando otros investigadores pusieron en evidencia el generalizado legado cultural guaraní-misionero (Granada 1889; 1897) o expusieron la fragilidad conceptual del monopolio charruísta en la descripción del pasado indígena del país (Salaberry 1926), sus trabajos fueron condenados al olvido y transformados en rarezas bibliográficas.

Sin embargo, un proceso de revisión desarrollado en las últimas décadas ha revelado que las Misiones Jesuíticas de guaraníes, que se gestaron en el corazón del continente, derramaron los efectos de su singular existencia por un vastísimo territorio, incluyendo el de Uruguay. Desde esta perspectiva, es paradójal que este país haya olvidado por tanto tiempo que en el momento mismo que se gestaba su nacimiento como Estado fue escenario privilegiado de acontecimientos demográficos relevantes, como es el caso de la inmigración de varios millares de guaraníes-misioneros.

Efectos devastadores de la Revolución. Para 1810 los treinta antiguos pueblos de Misiones se mantenían vigentes en su totalidad, aunque muy disminuidos en su vitalidad demográfica y económica por un largo proceso de decadencia. También la unidad se había resentido notoriamente con el pasaje al dominio portugués de los Siete Pueblos Orientales, en 1801. Aún así, para los primeros años del siglo XIX la región de Misiones se distinguía con rasgos muy propios dentro del Virreinato del Río de la Plata. Las bases de dicha identidad tenía como pilares el mantenimiento de la unidad económica; de la unidad socio-cultural – lingüística - religiosa y de la unidad administrativa (Machón-Cantero 2006:12).

Esa red de centros urbanos indígenas – los más antiguos ya tenían casi dos siglos de vida - con el estallido de la Revolución se transformó en uno de los escenarios principales de los enfrentamientos bélicos, lo que condujo a un acelerado y violento proceso de destrucción. De una población que al comenzar la Revolución, pese a la constante huída de sus habitantes, aún superaba las 30.000 almas, dos décadas después la mayor parte de los pueblos estaban totalmente abandonados.

Como sabemos, el delicado equilibrio entre fuerzas antagónicas de diverso carácter –regionales, étnicas, sociales - que mantenía la Monarquía en estas tierras americanas se derrumbó vertiginosamente. Los antiguos resentimientos y aspiraciones de los centros hispano-luso-criollos hacia las Misiones se manifestaron sin ningún tipo de freno, pues vieron la oportu-

nidad de satisfacer viejas ambiciones sobre el territorio de las Misiones: la mano de obra indígena y las riquezas que estos producían. Así, las acciones de centros como Buenos Aires, Asunción, Corrientes o el Imperio de Portugal - luego del Brasil - durante el largo período revolucionario y primeros años de la independencia, estuvieron dirigidas a apoderarse del territorio misionero por ser una gran reserva de soldados, de mano de obra calificada y fuente de alimentos y bienes de atractivo valor comercial, caso de yerba, tabaco, tejidos y cueros. Y si no era posible conquistarlo entonces debía ser destruido y arrebatar de él todo lo que fuera posible.

Las elites criollas de esos centros vieron como una anomalía insostenible que tuviera categoría de provincia un territorio poblado casi exclusivamente por indígenas y que éstos pretendieran sentarse como iguales en el espacio de las asambleas y congresos que el flamante régimen republicano establecía. En los hechos, como sucedió en casi toda América, los nuevos Estados republicanos fueron en muchos aspectos más discriminadores y crueles con los pueblos originarios que el anterior Imperio español.

Misiones y la Banda-Provincia Oriental. El proceso de disolución demográfica y ruina material de las antiguas Misiones estuvo profundamente ligado a los acontecimientos que se fueron desencadenando por el creciente protagonismo que la población del sur de la Banda Oriental (transformada en Provincia Oriental a partir de 1813 y en República Oriental desde 1828) y sus líderes tuvieron en las dos décadas posteriores al inicio de la Revolución.

Ese particular entramado de la peripecia histórica de dos pueblos del Río de la Plata –el antiguo pueblo misionero y el nuevo pueblo oriental– estuvo marcado por numerosos acontecimientos.

Estas tierras del sur de la Banda Oriental, luego del malhadado Tratado de Madrid, de la Guerra Guaranítica y la expulsión de los jesuitas, se transformaron en uno de los espacios predilectos que elegían los indígenas misioneros para afincarse luego de haber abandonado sus respectivos pueblos. Ese proceso emigratorio de “goteo” - pues era protagonizado individualmente o por unos pocos individuos que abandonaban los Pueblos de Misiones – que se desarrolló por medio siglo, tuvo durante la Revolución una transformación radical, pues por los avatares de la guerra se produjeron migraciones masivas de varios millares de indígenas hacia nuevos destinos. Otra característica que distinguió a estos movimientos migratorios es que estuvieron encabezados por líderes comunitarios, ya sean las tradicionales jefaturas –caso de Cabildos, Corregidores, etc. – u otras más recientes como Comandantes militares.

En este trabajo, destacamos tres acontecimientos migratorios que tuvieron como protagonistas a los pueblos misioneros de las Misiones Occidentales y Orientales del río Uruguay y que coincidieron en un mismo destino: el territorio que hoy forma parte de la República Oriental. Los mismos tuvieron alto impacto demográfico en las tierras que los recibieron y dejaron una profunda huella cultural en las mismas.

Adoptamos la denominación de Éxodos por ser la aplicada en procesos migratorios similares que ocurrieron por entonces – por ejemplo los denominados Éxodo Oriental (1811-1812) y Éxodo Jujeño (1812) - y por tratarse de transmigraciones de masas encabezadas por quienes eran reconocidos como líderes.

I- ÉXODO MISIONERO DE 1813.

Artigas líder de los misioneros. A poco de iniciarse la Revolución en el Río de la Plata fue el jefe oriental José Artigas quien logró captar la mayor adhesión de las poblaciones misioneras que habitaban entre los ríos Uruguay y Paraná. En ellas el caudillo encontró uno de los pilares principales de su liderazgo, tanto en el plano militar como económico. En el primer caso porque buena parte de sus soldados - a lo largo de casi todo el proceso revolucionario que encabezó – fueron misioneros y, en el segundo aspecto, porque esos pueblos de Misiones le proveyeron de importantes recursos económicos, caso de ganados, yerba, tabaco y tejidos, entre otros bienes de intercambio.

Así, el antiguo ejército de las Misiones, de tan destacado papel en el Río de la Plata en tiempos del imperio español, conservó su protagonismo, ahora bajo la denominación de milicias patrióticas.

En noviembre de 1811, cuando Artigas ya acaudillaba el movimiento migratorio de buena parte de la población de la Banda Oriental hacia la margen occidental del río Uruguay, aquél Jefe fue designado como Teniente Gobernador del Departamento de Yapeyú, de Misiones, ejerciendo de hecho el mando sobre diez de sus antiguos pueblos (Machón 1998).

Fue en este período (últimos meses de 1811 y mediados de 1812) en que Artigas puso las bases para el fuerte y prolongado liderazgo que supo ejercer sobre esta decadente pero aún numerosa población indígena. Una vez instalado en la región mesopotámica, a fines de 1811, Artigas desarrolló una política de comprensión y seducción hacia los misioneros. Desde un principio privilegió que las autoridades de Misiones fueran los propios indígenas, nombrando comandantes de armas de dicho origen, dejando el gobierno político de los pueblos a los respectivos Cabildos (Archivo Artigas T. VIII:

33). Esta política contrastó con la desarrollada por la dirigencia revolucionaria con sede en Buenos Aires que optó siempre por designar jefaturas criollas.

Poco tiempo después Artigas y los orientales emprendieron el retorno a la Banda Oriental y quedaban a cargo de la región misionera comandantes militares de la directa confianza de Buenos Aires. Sin embargo en el período reseñado tanto en los orientales como en los misioneros quedó claro que los enemigos no eran sólo los españoles peninsulares y los portugueses, sino que dentro del bando americano existían grupos –residentes en la ex capital virreinal - que se presentaban como totalmente opuestos a los intereses de auto gobierno de los pueblos que proclamaba el espíritu democrático de la Revolución.

Los misioneros adhieren al federalismo artiguista. A lo largo de 1812 Artigas y los orientales habían concluido que “la soberanía particular de los pueblos” sería la razón principal de su lucha revolucionaria y ese principio político que se oponía al férreo centralismo que pretendía ejercer la dirigencia de Buenos Aires fue rápidamente compartido por buena parte de las poblaciones del interior de la región rioplatense. Además, la idea de luchar por la Confederación o Federación que expresaba ese afán autonomista de los territorios interiores, transcendía ampliamente su dimensión de revolución política para alcanzar el de revolución social, pues el movimiento liderado por Artigas fue un movimiento de masas en el cual tuvieron papel destacado las antiguas castas subordinadas, caso de indígenas, negros y mestizos.

No fue por casualidad que la misma zona donde se estableció el pueblo oriental en su transitorio exilio -y desde la cual ejerció Artigas su autoridad sobre Misiones - fuera la principal puerta de entrada del ideal federalista a la región del litoral, expresada en la desobediencia de los pueblos misioneros a Buenos Aires y las autoridades que lo representaban. Las medidas represivas que estas últimas adoptaron fueron volcando la opinión indígena cada vez más a favor del federalismo pregonado por los “artigueros”. Toda esta creciente confrontación perjudicaba la situación de estos pueblos en los que la decadencia no se detenía. Un censo realizado en 1813 estableció que en los diez pueblos bajo control de Buenos Aires vivía un total de 14.000 habitantes y un informe de época ratificaba: “Los pueblos se van reduciendo a montones de escombros” (Machón 1998:78)

El epicentro principal de esa prédica de rebelión autonomista y antibonaerense puede situarse entre las poblaciones de Mandisoví y Salto Chico, ambas ubicadas en la margen occidental del río Uruguay y nacidas del pro-

ceso expansivo de la misión de Yapeyú, por lo tanto poseyendo un mayoritario porcentaje de población misionera. Allí actuaron activamente jefes criollos e indígenas que se transformaron en propagadores entusiastas de aquellos inicios revolucionarios, donde se mezclaba, como ya expresamos, la idea de auto gobierno con los deseos de revancha de castas sometidas, contenidos durante tanto tiempo. Desde la expulsión de los jesuitas, pero especialmente en los últimos años, se había acrecentado el desprecio y abuso que recibían los indígenas y sectores más pobres de parte de hombres poderosos y autoridades que buscaban apropiarse de las tierras indígenas desconociendo sus antiguos derechos.

La primera emigración y el liderazgo de Domingo Manduré. El caso más representativo de esos nuevos líderes del litoral en ese período fue el del jefe de milicias Domingo Manduré, nativo de Yapeyú y hacendado de San Antonio de Salto Chico, quien en 1812 adhirió de manera fervorosa a la figura de Artigas, logrando introducir el entusiasmo por las ideas autonomistas y de justicia social primero en la zona comprendida entre Salto Chico a Mandisoví y desde allí hacia las Misiones y el litoral del río Uruguay.

En enero de 1813, en el marco de la ruptura entre Artigas y Sarratea (representante del gobierno de Buenos Aires), el primero dio órdenes a hombres de su confianza que tenía en la zona, de reunir fuerzas y realizar hostigamiento a las fuerzas bonaerenses. Así le escribió Artigas al mencionado Domingo Manduré: “alboroten Udes. toda la campaña, hagan lo que puedan y no dejen de amenazar al Arroyo de la China” (Machón 1998:143). De ahí en más los esfuerzos de las autoridades dependientes de Buenos Aires por controlar esa vital región del litoral fueron cada vez más violentos como infructuosos. La actitud de desobediencia a Buenos Aires de los vecindarios liderados por jefes misioneros como Manduré y Samandú, así como la represión impulsada por las autoridades bonaerenses para revertir dicha situación, determinó que se produjera una emigración en masa hacia el lado oriental del río Uruguay. Investigadores argentinos sobre este acontecimiento demográfico han señalado: “En los meses siguientes (1813), la Banda Oriental habría de presenciar un éxodo en sentido inverso. Igual actitud adoptaron también los vecindarios guaraníes de Mandisoví, San Gregorio y La Merced, así como familias de Yapeyú y su distrito” (Poenitz – Poenitz 1993:144).

En más de mil guaraníes se ha estimado esa población que vadeó el río Uruguay -a la altura del llamado Salto Chico- desde la margen occidental hacia la oriental. Y si bien pasadas las causas de amenaza militar que los obligaron a emigrar un porcentaje de ellos volvió a sus residencias anteriores, muchos se establecieron de forma definitiva. Región especialmente

privilegiada en la recepción de esta población fue el litoral uruguayo, especialmente la parte comprendida entre la Villa de Belén y Santo Domingo Soriano, espacio que incrementó de manera considerable su población de origen indígena, ya importante con anterioridad a estos hechos.

Domingo Manduré, principal referente entonces de ese primer episodio de migración masiva de indígenas misioneros a la margen oriental del río Uruguay, permaneció en ese nuevo destino y se transformó en una figura destacada del nuevo orden revolucionario liderado por Artigas. Radicado al norte de la actual ciudad de Salto, allí lo encontró el viajero francés Auguste de Saint Hilaire en enero de 1821 dejando una valiosa descripción.

“De los pueblos recorridos en la zona el más importante y mejor dispuesto es el llamado Manduré, nombre de su jefe. Este hombre, menos pobre de lo que son generalmente los indios, había sido nombrado por los jefes de los insurrectos comandante de un pequeño pueblo de indios situado más o menos enfrente del campamento y hoy en día destruido. Acabó por indisponerse con Artigas y con Ramírez y temiendo por su seguridad, se rindió con sus subordinados a los portugueses ...” (Saint Hilaire 1962: 498).

En la visita que el viajero le hizo a Manduré, observó que su esposa y una hermana de ella “estaban cosiendo y me fijé que eran muy hábiles” (idem.). Más adelante llegó a una estancia de Manduré y de lo visto en uno de los galpones registró: “vi, no sin asombro, un establecimiento para hacer los ponchos. Es, sin duda, un resto de la industria que los jesuitas habrían querido enseñar a los indios, pues desde Montevideo hasta aquí no he visto ni un solo telar entre los naturales ...” (Saint Hilaire 1962: 498).



II - ÉXODO DE 1820: EMIGRACIÓN DE LOS PUEBLOS OCCIDENTALES

La destrucción de las Misiones Occidentales Para 1820 el vasto territorio de los trece pueblos de Misiones comprendido entre el río Uruguay y el río Paraná presentaba un panorama desolador de tierra arrasada y la población indígena que aún permanecía en él había sufrido un intenso proceso de reubicación. Fueron las acciones militares del último lustro las responsables de tan profunda como trágica transformación. Se habían sucedido las campañas del comandante misionero Andresito Artigas contra los paraguayos (1815) y contra los portugueses (1816 y 1819); a ellas siguieron las campañas de exterminio realizadas por los portugueses (1817 y 1818), que destruyeron la mayor parte de los pueblos ubicados sobre la margen occidental del río Uruguay. A consecuencia de esta intensa actividad militar en la región misionera, miles de indígenas fallecieron, otro alto número de hombres y familias fueron tomados prisioneros y llevados a zonas lejanas, tanto por los portugueses como por los paraguayos.

Ante los devastadores ataques sufridos desde los dos frentes – los portugueses por el río Uruguay y los paraguayos por el Paraná - la desesperada población misionera se replegó hacia el interior del espacio mesopotámico (actual provincia de Corrientes, Argentina) iniciando un proceso de creación de nuevos centros poblados.

“Las poblaciones de la zona del Uruguay (Santo Tomé, La Cruz, Yapeyú) se repliegan sobre el Miriñay, dando lugar a nuevos emplazamientos: San Roquito y Asunción del Cambay. En la primera se concentrarán principalmente pobladores de La Cruz; en la segunda, los de Yapeyú. Habrá también un acampamento importante: Asunción del Miriñay, que a su vez será aduana y sede del Cabildo.

La población de la zona del Paraná: Candelaria, Santa Ana, Loreto, San Ignacio, Corpus, a las que se le agregarán pobladores de San Carlos y, en menos escala, de Apóstoles, Santa María y San Javier, se establecerán en las antiguas estancias misioneras situadas entre el Iberá y los afluentes del Santa Lucía, dando lugar a las nuevas poblaciones de San Miguel y Yatebú (Loreto)” (Machón, F. 2003:38).

Esta migración masiva de los indígenas misioneros de la margen oriental del Paraná dio origen a nuevos centros urbanos que han tenido continuidad hasta el presente (Maeder1983). Por su parte, las poblaciones de la cuenca del río Uruguay fueron las que protagonizaron el éxodo de 1820 que nos interesa abordar.

Primera fase de la emigración. En enero de 1820 se produjo la batalla de Tacuarembó, última dada por Artigas en tierras al oriente del río Uruguay,

pagando los misioneros, como en otras ocasiones, el mayor precio. Artigas cruzó por última vez el río Uruguay y continuó la lucha en las tierras de la margen occidental del mismo, ahora contra su antiguo aliado Francisco Ramírez, Gobernador de Entre Ríos. La lucha fue sin cuartel y los indígenas misioneros se vieron en medio de la guerra sufriendo las principales consecuencias. Esta sucesión de enfrentamientos determinó que los distintos líderes que por entonces conducían a la remanente población misionera fueran decidiéndose - a lo largo de 1820 - a emigrar hacia la margen oriental del río Uruguay, donde los portugueses ya eran amos absolutos después del triunfo obtenido en Tacuarembó. Éstos últimos, además, desarrollaron una política de “buena vecindad” con los indígenas, estimulando a que emigraran hacia ese territorio para así restarle, a Artigas y a Ramírez, el valioso concurso militar de sus fuerzas.

Finalmente, Ramírez derrotó en junio de 1820 a Artigas quien marchó hacia el norte para exiliarse definitivamente en Paraguay. Los fieles soldados misioneros fueron también perseguidos por Ramírez lo que los determinó a emigrar. Se produjo entonces - desde los últimos días de julio hasta setiembre - la primera fase de la emigración masiva. Entre los distintos grupos que se trasladaron hacia las tierras orientales se destacaron por su número los liderados por los comandantes Pablo Aramimbí y Perú Cutí, quienes lo hicieron en la segunda quincena de agosto.

“Los líderes guaraníes artiguistas de Mandisoví, Pedro Cutí y Pablo de la Cruz, reunieron todas las familias existentes en los antiguos límites de ese distrito y cruzaron el Uruguay; quedando el área comprendida entre el Miriñay y el Yeruá, de norte a sur, en absoluta desolación” (Poenitz-Poenitz 1993:204)

Segunda fase de la emigración. Derrotado Artigas, Ramírez acordó con Francisco Xavier Sití, Comandante General de Misiones, que “se aseguraba a los misioneros su reinstalación en sus destruidos pueblos y de que no estarían obligados a tomar las armas durante diez años” (Machón 2003: 91). La remanente población indígena buscaba encontrar un oasis de paz después de tan terrible serie de fatalidades.

Sin embargo la paz con Ramírez duró muy poco. Un nuevo estallido de la guerra civil - ahora Ramírez enfrentado a Buenos Aires - hizo que los indígenas fueran convocados otra vez a tomar las armas; tampoco aceptó Ramírez que la explotación de los yerbales (única riqueza que quedaba en las Misiones) perteneciera a los indígenas sino que quiso controlarla por las importantes ganancias que brindaba. Esta situación llevó a una ruptura de relaciones entre Ramírez y Sití atacando las fuerzas del primero con cruel-

dad a las debilitadas fuerzas misioneras.

El Corregidor Miguel Javier Ariyú, que lideraba a los pobladores oriundos de Yapeyú, abandonó Asunción del Cambay y acompañado por el sacerdote Fray Domingo Morales encabezó la emigración - a la otra banda del Uruguay - de un número de indígenas seguramente bastante superior al millar. Esto sucedió entre noviembre y diciembre de 1820.

Por su parte el Comandante Sití, con un número superior a los 1.500 indígenas, marchó hacia el norte siendo derrotado por las fuerzas de Ramírez, en diciembre de 1820. Esto determinó que también cruzara precipitadamente el río Uruguay con sus soldados y familias, recibiendo la protección de los portugueses. Así la emigración de casi toda la población de las antiguas Misiones Occidentales se efectuó en el segundo semestre del año 1820 y se realizó a lo largo de un extenso frente del río Uruguay que llegaba por el norte hasta San Borja (actual Río Grande del Sur, Brasil) y por el sur a la altura de Salto (actual República de Uruguay).

Respecto a cuántos indígenas emigraron es casi imposible fijar su número con exactitud. Para entonces la población de las antiguas misiones ubicadas entre el Paraná y Uruguay estaba totalmente fragmentada y dirigida por diferentes líderes, caso de comandantes militares en un caso y los tradicionales cabildos en otros, de ahí la multiplicidad de contingentes y la gran dispersión geográfica que caracterizó su pasaje a las tierras orientales.

El ya citado Auguste de Saint Hilaire, señaló que de acuerdo a los informes recibidos de autoridades portuguesas, sumaban casi siete mil los indígenas inmigrantes. Si bien no todos entraron a la Provincia Cisplatina -nuevo nombre de la anterior Provincia Oriental ahora bajo dominio portugués- pues muchos lo hicieron a las Misiones Orientales, no dejó por ello de ser un fenómeno migratorio de fuerte relevancia demográfica, ya que las estimaciones de población de la provincia se ha fijado en unas 40.000 personas, aproximadamente.

Descripción de los migrantes misioneros. En su desesperada fuga, muchos se acogieron a las estancias empleándose como peones, también pasando a la calidad de agregados o sirvientes, único medio de poder enfrentar el hambre que los acechaba. Otros grupos ocuparon algunas tierras donde levantaron sus chozas o ranchos, cultivando un poco de maíz, zapallos y sandías pero tratando de mantener su unidad étnica. Saint Hilaire, al recorrer esa región, se encontró con numerosos agrupamientos. En el punto de Salto, junto al campamento militar portugués, halló otra gran concentración, especialmente mujeres:

“... vimos en los bordes del río varios pueblecitos habitados por indios

guaraníes que vinieron del Entre Ríos a refugiarse aquí. Sus casas son chozas que a menudo sólo tienen el alto de un hombre y están construidas como las barracas del campamento con las hojas y el cabo de una gramínea dura y muy lisa. Cerca de estas enclenques viviendas hay, a veces, un cobertizo del que cuelgan pedazos de carne. También se ve a menudo alrededor de estas chozas, algunas plantas de maíz, de zapallo y de melones de agua” (Saint Hilaire 1962: 496).

Pese a que en sus escritos cuestionó la forma rudimentaria de plantar de los indígenas, el calificado viajero europeo reconoció que en un trayecto de más de cincuenta leguas esas eran las únicas plantaciones que había visto.

La presencia de indígenas misioneros era tan predominante en las tierras que recorría que son permanentes las referencias a ella:

“Todos los hombres y las mujeres que vi estaban sentados en el suelo; los hombres no hacían nada, pero varias mujeres estaban ocupadas en coser. Algunas hasta bien vestidos para ser gente de campo; pero muchos hombres vestían apenas un calzón de campo y buena parte de las mujeres una falda y camisa de algodón. Las aldeas de donde son originarios estos hombres fueron fundadas por los jesuitas; los hombres son, por tanto, bautizados; muchos mestizos; hablan el guaraní, pero todos saben el español. Cada pequeña aldea fue constituida para escapar de las humillaciones a que estaban sometidos y, sobre todo, al hambre, que para un indio constituye el mayor de los flagelos.” (idem. 1962: 497).

El precario mobiliario que encontraba en todos los ranchos de los misioneros era una lámpara de barro, un armazón para secar la carne y la característica hamaca tejida de lana.

A fines de enero de 1821 Saint Hilaire cruzó el Cuareim rumbo hacia las Misiones Orientales. A lo largo de la costa continuó encontrando grupos de misioneros occidentales y ya en los Siete Pueblos tomó contacto con el contingente de más de mil indígenas liderados por el Comandante Sití que había cruzado hacia San Borja. Los hombres, en su mayoría, eran de inmediato enrolados por los portugueses para el servicio militar.

El predominio femenino en los inmigrantes. Un elemento característico de este masivo aporte inmigratorio indígena fue el notorio predominio de la mujer, poniendo una vez más en evidencia el rol fundamental jugado por las llamadas “chinas misioneras” en el intenso proceso de mestizaje que vivió la región rioplatense a partir del proceso de decadencia y destrucción de las Misiones. Esta contribución de la mujer se vio notoriamente incrementada a partir de la Revolución. Las continuas guerras provocaron dentro de la población misionera un acentuado desequilibrio demográfico.

co entre los sexos, pues por la muerte o traslado forzoso de miles de hombres-soldados, el número de mujeres superaba ampliamente el de aquellos. En sentido contrario, en el territorio de Entre Ríos, Corrientes, Río Grande y, sobre todo, la Provincia Oriental, el número de hombres había sido siempre muy superior, situación que se acrecentó por la presencia constante de ejércitos a partir de la Revolución. Ambas circunstancias se unieron para promover de manera intensa la unión de las mujeres misioneras con hombres de diversa procedencia.

Del notorio predominio de mujeres en esta población indígena que había emigrado en masa dio cuenta también Saint Hilaire cuando señaló: “Como la mayoría de los hombres fueron muertos durante la guerra son principalmente mujeres y niños los que vinieron a refugiarse entre los portugueses” (Saint Hilaire 1962: 509). Muchas de ellas pasaban a unirse con soldados portugueses de la Provincia Cisplatina o Río Grande: “Aquí la mayoría de los milicianos tienen una india por amante. Esas mujeres les son útiles pues saben lavar y coser pasablemente” (Saint Hilaire *idem.*).

Aporte misionero a nuevas poblaciones. La presencia de tan numerosa población concentrada sobre el litoral uruguayo en absoluto pasó desapercibida para las autoridades portuguesas. La inmigración a territorios bajo su dominio de la mayor parte de la población de las Misiones occidentales reportaba enormes ventajas pues se debilitaba demográficamente el territorio de las Provincias Unidas que limitaba con el Imperio y, en segundo término, un probable retorno de Artigas tendría menos posibilidades de éxito al serle muy difícil tomar contacto con los misioneros, ya muy dispersos y alejados de sus lugares originales. Además Portugal demostraba la continuidad de su antigua política de captar a estos indígenas para sus territorios, pues los consideraba un material humano especialmente apto para la colonización, por su perfil de veteranos soldados como por ser mano de obra calificada en diversos oficios.

Ante esta situación las autoridades portuguesas – que desde 1822 se transformaron en brasileñas - tomaron la decisión de retirar buena parte de esa población inmigrante de las costas del río Uruguay buscándole una residencia en el interior del territorio, con el propósito de fomentar nuevos centros urbanos. En esos trabajos, que tuvieron lugar entre los años 1822 a 1824, tomó activa participación el entonces Comandante General de la Campaña, Cnel. Fructuoso Rivera quien comenzó a tejer un fuerte vínculo con la población misionera inmigrante, con el que consolidó fuerte liderazgo como caudillo.

Presentamos muy brevemente algunas manifestaciones del impacto

del éxodo de 1820 en la formación o consolidación de nuevas poblaciones en la entonces Provincia Cisplatina.

Nacimiento de Salto. En un proyecto de nuevas poblaciones que presentó Rivera en enero de 1822, proponía que uno se levantara en ese sitio aprovechando la existencia de numerosas familias misioneras. Esta presencia indígena dejó rastros indelebles en este centro urbano desde su nacimiento. Fue escenario de un intenso mestizaje por la gran cantidad de “chinas” oriundas de la otra banda del río Uruguay que allí se radicaron. Estas se unieron con hombres portugueses y de otras procedencias, como lo muestran los registros eclesiásticos del templo de Salto. Ese importante enclave comercial recostado sobre el río Uruguay recibió posteriormente otros aportes inmigratorios - tanto americanos como europeos - pero conservó siempre fuertes trazas de la sangre y cultura guaraní - misionera que tuvo en sus orígenes, tal como las investigaciones de Daniel Granada revelaron a finales del siglo XIX (Granada 1889,1897)

En la fundación de San Pedro del Durazno. A partir de 1821 comenzó a nacer otra población en el centro de la entonces Provincia Cisplatina. También el Cnel. Rivera tuvo destacadísimo papel en su fundación, la cual buscaba dar un lugar para vivir a las innumerables familias que sin hogar existían en la Provincia por efecto de la prolongada situación de guerra. Hacia allí se trasladaron familias de distintas zonas del territorio oriental, llegando más de un contingente de familias misioneras emigradas, a las que se le entregaron pequeñas chacras. Documentación de 1824 referida al litigio por la propiedad de las tierras donde se levantaba la Villa ratifica la existencia junto a esa población “de otro Pueblo o sección de la misma que parece ocupan varios Indios...” (Padrón 1992).

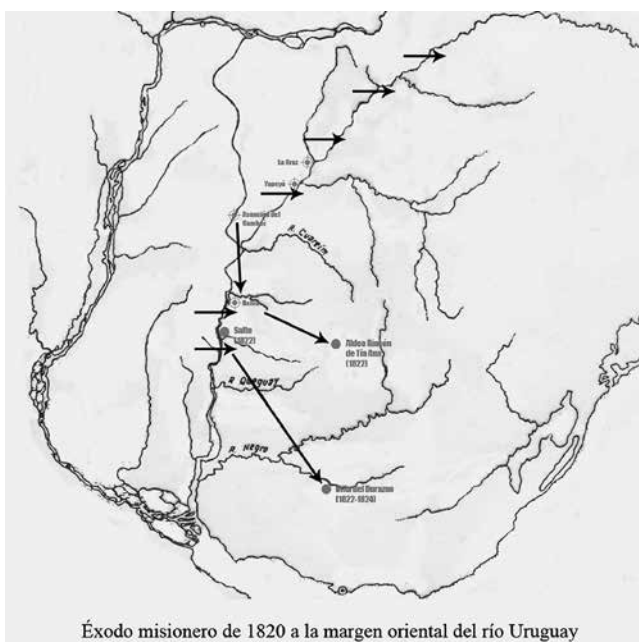
De esta población tenemos interesantes testimonios dejados por algunos integrantes de la Misión Pontificia del Cardenal Muzzi que por entonces recorría América. Uno de ellos registró que a comienzos de 1825:

“... mientras permanecemos en Montevideo, el Señor Don Pedro Juan Antonio Sala..., se fue a pasar una temporada al campo, a distancia de cuarenta leguas de aquella capital, cerca de un pueblito de indios llamado Durazno. Invitado por ellos a cantar la misa en sufragio de una persona principal que había muerto en aquellos días, quedó muy edificado de la religión y perfecta piedad de aquellos buenos indios, los cuales se reunieron en gran número en su capilla con mucha devoción. Después una parte de ellos, con su libro en mano, cantó el oficio de difuntos con mucha pausa y apropiado tono. Se cantó después la misa, y los mismos indios, en uno de los libros corales dejados por los Padres Jesuitas, acompañaron al sacerdote con el canto gregoriano muy bien entonado,

como si estuviesen todavía bajo el régimen de aquellos buenos directores de la Compañía que los habían instruido” (Furlong 1937).

Oratorio de Santa Ana del Tacuarembó Chico. Otro conjunto de exiliados finalmente se estableció en el centro mismo del amplísimo territorio ubicado al norte del río Negro, zona muy poco poblada. En 1822 un importante número de indígenas se ubicó entre el río Tacuarembó Chico y el arroyo Tranqueras, fundando un centro poblado que pasó a tener el nombre de arroyo de la Aldea y Cerro de la Aldea. Este contingente de indígenas estaba espiritualmente dirigido por Fray Domingo Morales quien había sido sacerdote en Yapeyú y venía acompañando a su sufrida feligresía indígena en todos sus padecimientos desde varios años atrás.

Para seguir el largo peregrinar de esta población se cuenta con un valioso documento que se conserva en catedral de la ciudad de Tacuarembó. Se trata de un cuaderno de registros eclesiásticos titulado “Libro de bautismos de Nuestra Señora de los Reyes de Yapeyú” que se inicia en 1817 - en esa antigua misión - y luego registra estancias en Mandisoví, Asunción del Miriñay, Belén (margen oriental del río Uruguay) y, finalmente, en Santa Ana del Tacuarembó Chico, desde setiembre de 1822. El análisis del mencionado libro ha permitido constatar la presencia de gran número de familias indígenas, la mayoría manteniendo sus apellidos guaraníes pero otras adoptando apellidos de origen español o portugués (Michoelsson 2008).



III - ÉXODO DE 1828: EMIGRACIÓN DE LOS SIETE PUEBLOS ORIENTALES Y ALGUNOS OCCIDENTALES

Situación de las Misiones Orientales y conquista de 1828. Los denominados Siete Pueblos Orientales de Misiones (que estaban desde 1801 bajo dominio de Portugal y pasaron a ser parte de Brasil en 1822) no escaparon a la situación general de decadencia, la que se acentuó con la situación de guerra casi permanente que se vivió desde 1811. En 1827 un censo registró que permanecían en ellos 1.874 personas, discriminadas en un 67,2 % de mujeres y 32,8% de hombres lo que confirma el carácter de verdaderas "aldeas de mujeres" que tuvieron en su ocaso las misiones (Padrón 1996: 53-58). Debe precisarse, sin embargo, que ese número solo representaba la población indígena que se mantenía bajo el régimen de comunidad, pero no el total que era bastante mayor. A los que vivían en comunidad se sumaban los que estaban en los campos como peones o algunos como pequeños propietarios de estancias; también casi mil soldados que integraban los regimientos brasileños más sus respectivas familias. A eso deben sumarse los distintos conglomerados de misioneros occidentales, que se habían establecido desde más de una década atrás y que tampoco fueron empadronados.

El mencionado censo demuestra que la antigua riqueza de los indígenas en semovientes y otros bienes había desaparecido. La ausencia de sacerdotes también era especialmente sensible para dicha población, pues como señaló una autoridad brasileña en 1827: "este ministerio merece aquí todo el peso, no sólo para la conservación religiosa de la Tropa, como para mantener los Pueblos de naturales, cuya educación fue siempre aplicada al santuario y culto divino..." (Padrón 1996: 59).

Esta situación de abatimiento material y espiritual permite comprender, en parte, la exitosa campaña militar que realizó el Gral. Fructuoso Rivera, desde abril de 1828, conquistando para la República de las Provincias Unidas los denominados Siete Pueblos Orientales. Rivera se presentó como el protector de los misioneros y estimuló la esperanza de que la vieja unidad de las Misiones, existentes en ambas márgenes del río Uruguay, fuera recuperada, lo que constituía un viejo sueño de dicha población. En el mando de los Siete Pueblos, dicho Caudillo practicó una política amistosa con los indígenas, promoviendo el retorno a sus antiguas poblaciones y el fomento de la agricultura y los oficios tradicionales. También dignificó a la población misionera, restaurando su derecho a participar de la dirección político-administrativa de las antiguas Misiones.

Pero mientras esto sucedía, la paz llegaba al Río de la Plata después de más de tres años de guerra entre la República de las Provincias Unidas

y el Imperio del Brasil. Las bases de la paz establecieron que las Misiones Orientales debían volver a ser parte del territorio del Imperio, mientras la Provincia Oriental se transformaba en Estado independiente, pasando a denominarse, desde 1830, Estado Oriental.

La larga marcha de los indígenas al Estado Oriental. Decidido Rivera a obedecer la Convención de Paz, se preparó para retornar al Estado Oriental, pero ahora lo haría no sólo con una fuerza militar propia - integrada mayoritariamente por indígenas- sino seguido por una masa de varios miles de misioneros que no deseaban volver bajo el dominio brasileño. El Caudillo sabía que así le quitaba al Imperio del Brasil una de las principales reservas de soldados que poseía en sus fronteras meridionales, a la vez que aportaba al nuevo país casi despoblado una población indígena laboriosa que conservaba una serie de positivos atributos culturales: agricultores, criadores de ganados, poseedores de numerosos oficios, devotos cristianos, diestros músicos y muchos de ellos alfabetos.

Los templos fueron despojados en lo posible de todos sus ornamentos, sólo las imágenes más grandes no pudieron ser llevadas en el éxodo, como tampoco algunas de las campanas por su excesivo peso. Todo un ciclo histórico llegaba a su fin.

En los meses de octubre y noviembre de 1828 se fue concentrando en San Borja una gran masa de población, junto con carretas, caballos, vacunos y ovinos. La marcha rumbo al sur – hacia el naciente Estado Oriental – se desarrolló durante el mes de diciembre y en ella iba la población de por lo menos doce antiguas misiones, pues a las Siete Misiones Orientales debe sumarse la de cinco Occidentales, a saber: Yapeyú, Santo Tomé, La Cruz, Corpus y, casi con seguridad, San Carlos.

Antes de trasponer el río Ibicuy – provisional límite entre las Misiones y el nuevo Estado Oriental - los Corregidores y Caciques de los Siete Pueblos Orientales redactaron extensos documentos donde explicaban las razones que determinaban su decisión de abandonar la tierra de sus ancestros y las urbes que habían construido con tanto esfuerzo, al tiempo que se reservaban los derechos sobre la tierra y demás propiedades de las Misiones Orientales. Señalaban así que su propósito era volver a ellas una vez que se celebrara un tratado definitivo de paz que les hiciera justicia (Beraza 1968; Padrón 1996).

Atravesado el Ibicuy el largo convoy siguió su marcha, siendo cada pueblo presidido por sus autoridades comunitarias. Un testigo ocular del éxodo registró muchos años después ese espectáculo:

“Cada reducción o tribu marchaba como en procesión, precedida de los

ancianos que llevaban los santos principales. El pueblo conducía multitud de santitos. A la cabeza de aquella iba la música. Cada tribu tenía la suya, compuesta de violines. Los músicos son también cantores” (Pueyrredón 1976: 189).

Las temperaturas abrasadoras de noviembre y diciembre hicieron estragos en la población que migraba, especialmente entre los más débiles, los niños y ancianos. Otro testigo de esta marcha, el Cnel. Evaristo Carriegos, escribió al respecto:

“...algunos infelices pagaron el tributo de su patriotismo, pereciendo más de trescientas personas en la jornada del camino por no resistir el rigor de la estación, el incendio de los campos y por esta causa la falta de buenos alimentos” (Padrón 1996: 73).

Finalmente, el 29 de diciembre, la vanguardia del convoy llegó a orillas del río Cuareim, el cual fue establecido como límite provisorio entre el Imperio del Brasil y el nuevo Estado Oriental.

¿Cuántos indígenas emigraron? Es una tarea realmente compleja precisar ese aspecto, pues las fuentes manejan cifras muy dispares, de acuerdo a sus intereses. Las estimaciones de época más bajas hablaban de unas dos mil almas mientras en el otro extremo se las hacía ascender a nuevo o diez mil. El análisis que hemos realizado de la documentación disponible sobre los distintos contingentes que integraban esta población migrante –imposible de exponer aquí en detalle – nos hace concluir que el total de indígenas guaraní-misioneros que ingresaron al Estado Oriental no debió ser inferior a las seis mil personas. Esto constituyó un hecho demográfico de gran magnitud relativa si se tiene en cuenta, que la flamante República suramericana contaba al nacer solamente con unos 70.000 pobladores.

La Colonia de Bella Unión. La llegada de varios miles de indígenas al territorio oriental en el preciso momento en que se convertía en Estado, adquiere también un carácter simbólico, al marcar claramente el cierre definitivo de la experiencia jesuítico-misionera –con el abandono de las Misiones por su población – y, al mismo tiempo, su prolongación socio-cultural al injertarse en la sociedad del nuevo Estado. Las miles de familias que integraron el Éxodo tuvieron, en líneas generales, dos destinos: las que se mantenían aún bajo el régimen de comunidad dirigidas por los respectivos Corregidores y Cabildos y aquellas que seguían a comandantes militares, como Agustín Cumandiyú o Gaspar Tacuabé. Con estos contingentes fundó la denominada Colonia de Bella Unión, en el vértice noroeste del Estado Oriental.

Por su parte, la población que tenía menor relación de dependencia con

los Cabildos o con Comandantes Militares, era la que había sido enrolada para integrar el Ejército del Norte y luego pasaron a integrar distintas unidades del Ejército Nacional. También fue esta última la que más fácilmente se dispersó por todo el norte del país, buscando una solución personal a su estado de pobreza. No todos tampoco eran carentes de recursos pues había indígenas que hacía largo tiempo se habían separado del régimen de comunidad y tenían sus propios ganados. Esos fueron los que recibieron pequeñas estanzuelas sobre una dilatada zona al norte del país y su destino no necesariamente siguió la misma peripecia que el del primer grupo.

Una descripción. Quiso el destino que fuera también un francés -el comerciante Jean Isidore Auboin - quién dejara una vivaz descripción de esa población indígena que acababa de radicarse. De lo que vio en 1829 exponemos sólo algunos fragmentos ilustrativos:

“ Por el aspecto de la actividad que reinaba en todas partes, y de los trabajos comenzados y todavía incompletos, me creí por un momento trasladado al Campo de Asilo, fundado también por desdichados exiliados como esos que tenía bajo los ojos en Bella Unión. Nadie estaba ocioso en el poblado naciente: se hubiera dicho que era un enjambre que viene a poblar una nueva colmena. Unos acarreaban el maderamen; otros hacían pozos en la tierra y allí implantaban pilotes. La techumbre de las casas, casi concluida, estaba cubierta de indios trenzando la paja o las hojas de palmeras destinadas a servirles de abrigo contra la destemplanza de las estaciones. Todo se hacía a un mismo tiempo y por todas partes....

Todo eso que veía me transportaba en imaginación a la época floreciente de las Misiones, aunque la degeneración de los antiguos alumnos de los jesuitas fuera bien pronunciada; pero se encontraban todavía en ellos sobrados vestigios de la educación que habían recibido sus padres para convertirse en lo que estos debieron ser en otro tiempo. Casi todos los de Bella Unión sabían leer y escribir, y conocían un oficio ... ” (Auboin 1968).

La azarosa vida de Bella Unión. Bella Unión existió entre 1829 a 1832 y durante esos cuatro años su vida fue muy frágil e inestable y no logró consolidarse por diversos factores que actuaron en su contra, entre ellos, porque se mantuvo el clima de constante inestabilidad política que caracterizaba a la región, donde los diferentes bandos en pugna intentaban captar el concurso a su favor de las fuerzas misioneras. También las fuertes rivalidades políticas en el interior del Estado Oriental llevaron a que Rivera tuviera que enfrentar muchos obstáculos para llevar adelante su proyecto de establecer una línea de centros de colonización con población indígena a lo largo de la frontera con el Imperio de Brasil.

El propio Rivera, más allá de sus proyectos colonizadores, priorizó la utilización militar de esa población, lo que socavó la posibilidad de que se desarrollara como un núcleo autosustentable quedando su sobrevivencia, por el contrario, sujeto a la ayuda que podían recibir de hacendados o del propio Estado. Ante eso, los indígenas, preferían enrolarse en el servicio de las armas pues encontraban una oportunidad de alimentación diaria –basada en la carne – más segura

En el plano jurídico-administrativo Bella Unión gozó de un régimen de excepción dentro del Estado Oriental, pues de forma muy limitada tuvo vigencia en ella lo establecido por la Constitución de 1830. Ejemplo notorio fue el mantenimiento de las tradicionales autoridades indígenas, especialmente los Cabildos, integrados por Corregidores, Alcaldes, etc. De esta manera Rivera buscó cumplir con el pacto acordado con dichas autoridades de conservar en la medida de lo posible el tradicional régimen de vida y gobierno misioneros.

Del ascendiente que conservaban las tradicionales autoridades sobre la masa de indígenas da fe el siguiente fragmento de una comunicación del Cnel. Carriegos – Comandante de Bella Unión - a Rivera, de mayo de 1830:

“Siempre que Ud. escriba hágalo a Cumandiyú y Tacuabé y a los Corregidores Dn. Francisco Tabacayú, Dn. Cayetano Cuzú, D. Vicente Yatuy y D. Fernando Tiraparé, porque esto importa mucho para mantener el interés... de estas gentes y mantenerlos reunidos y fuertes contra los ataques de seducción que les hacen los Portugueses...” (Padrón 1996:111)

Disolución de Bella Unión y una nueva larga marcha. Las diferentes vicisitudes que caracterizaron la vida de la población misionera en tierras del Estado Oriental fueron agravando la situación de Bella Unión y las medidas de reorganización que pretendió llevar adelante el Gobierno de Rivera llegaron muy tarde. En mayo de 1832 se produjo la rebelión de una parte de los pobladores liderados por las Milicias Occidentales comandadas por los comandantes Cumandiyú y Tacuabé. Los Corregidores y demás autoridades de once de los pueblos emigrados no se involucraron mayoritariamente con el movimiento.

Las fuerzas rebeldes fueron rápidamente vencidas, determinando que la mayoría de las milicias misioneras y sus familias atravesaran precipitadamente el río Uruguay, ahora retornando a la margen occidental. Rivera resolvió reunir el remanente de dicha población en otro sitio del territorio oriental, más cerca de su control y lejos de la frontera. Antes de proceder a una nueva marcha se realizó, en noviembre de 1832, un empadronamiento de los indígenas de once antiguas misiones, las Siete Orientales más cuatro

occidentales: Yapeyú, La Cruz, Santo Tomé y Corpus. En total fueron empadronados 859 indígenas, habiéndose excluido, al parecer, a los niños y recién nacidos. Es notorio, una vez más, el predominio femenino.

Finalmente Bella Unión fue abandonada y el extenso convoy cercano al millar de indígenas con carretas, objetos domésticos y de culto –entre ellos algunas campanas que aún conservaban – emprendió la marcha bajo los implacables soles del verano. En marzo llegaron a las orillas del río Yí –en el centro del Estado Oriental y frente a la Villa de San Pedro del Durazno – y, finalmente, por orden de Rivera se afincaron en un lugar a dos leguas de dicha población, también junto a las márgenes del río Yí.

San Borja del Yí. En abril de 1833 nació San Francisco de Borja del Yí que fue el último centro poblado netamente indígena que existió en Uruguay. En todo el período que permaneció San Borja (de 1833 a 1862 con una interrupción entre 1843 a 1853) nunca alcanzó ni la dimensión espacial ni la densidad poblacional que tuvo Bella Unión durante la mayor parte de su corta vida. Las excavaciones arqueológicas que se realizaron hace algunos años confirmaron lo que la documentación de época señalaba al respecto (Curbelo- Risso - Padrón 1998). Se estableció una plaza, al parecer bastante irregular, y frente a ella un humilde templo.. Muy cerca se ubicaron las viviendas de las autoridades de las distintas comunidades y algunos comercios. Contó con un ejido original de dos leguas, en las cuales se distribuyeron chacras y estanzuelas, tratando desde un principio evitar los problemas de alimentación que se habían vivido antes, aunque la ausencia de ganados no pudo ser superada.

Respecto a las autoridades que la rigieron, en sus primeros años siguieron funcionando los Cabildos –los últimos en la historia del Uruguay – y los Corregidores. En el año 1840 se produjo un hecho singular, pues ante el fallecimiento del viejo Corregidor Fernando Tiraparé, el liderazgo de la Villa indígena pasó a su esposa, María Luisa Cuñambuñ quien fue, por varias décadas, la principal defensora de los derechos de la remanente comunidad misionera.

Si la vida de Bella Unión estuvo signada por las dificultades en afianzar su sustento en medio de las controversias políticas sobre la conveniencia de su existencia y en las disputas e influencias fronterizas, la de San Borja estuvo marcada por los cuestionamientos al derecho de ocupar las tierras que se le asignaron y por las disputas políticas entre las divisas blanca y colorada que estaban naciendo. La amenaza de que los expulsaran de las tierras que ocupaban fue constante y, finalmente, la causa de su definitiva desaparición. En lo que hace a la lucha política, desde su llegada al Estado

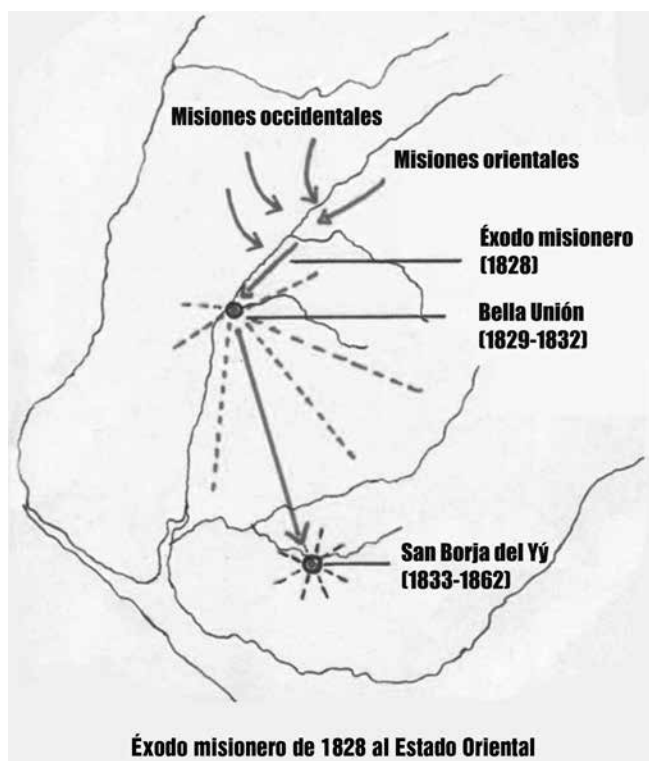
Oriental la población misionera estuvo en el centro de las luchas, siendo protegida por Rivera y desacreditada y combatida por sus adversarios.

Los “regimientos de tapes” (denominación peyorativa que usaban los adversarios de Rivera) fueron la principal fuerza militar de ese Caudillo, por eso sus adversarios siempre quisieron exterminarlos.

Destino final de San Borja. Cuando se produjo la gran derrota de Rivera en Arroyo Grande (diciembre 1842) la misma provocó que al entrar el ejército del Gral. Oribe con rumbo hacia Montevideo, San Borja fuera destruida y su población expulsada. Los soldados y familias enrolados en el ejército riverista –integrando sobre todo la caballería - participaron de toda la larga campaña que culminó con la durísima derrota que tuvo dicho Caudillo en India Muerta (marzo 1845). Ambas batallas mencionadas generaron una gran pérdida de soldados misioneros.

Durante el resto de la Guerra Grande –o sea entre los años de 1843 a 1851 - los pocos misioneros que quedaron en las inmediaciones de Durazno siguieron el liderazgo de la Mayordoma Luisa Tiraparé quien conservaba algunos objetos de culto que pudo salvar de la expulsión violenta a principios de 1843. Finalizada dicha guerra, un grupo remanente de indígenas liderados siempre por Doña Luisa Tiraparé, procuraron repoblar San Borja. Al principio la anciana “Cacica” –como la identifica alguna documentación - obtuvo autorización para tratar de congrega a los misioneros dispersos y durante casi una década volvieron a ocupar esas tierras, pero en esta nueva etapa la población ya no era mayoritariamente indígena sino que se agregaron otros hombres y mujeres de diverso origen. Sin embargo, San Borja ya no alcanzó la dimensión que había tenido en su primer etapa y nuevamente los dos grandes enemigos –los reclamos por las tierras y las luchas de divisas – se unieron para impedir que el intento de repoblamiento prosperara. Finalmente, en 1862 fueron definitivamente desalojados.

A finales del siglo XIX y primeros años del siguiente, en distintos lugares del Uruguay fueron desapareciendo, a edad muy avanzada, las últimas “chinas misioneras”, según el decir popular. No era casual que fueran mayoritariamente mujeres los últimos testimonios humanos de aquella etnia indígena que había emigrado al Estado Oriental varias décadas atrás, acariciando el sueño de recuperar su antiguo esplendor. Las guerras habían concluido con la mayor parte de los hombres y casi sólo mujeres habían sobrevivido. Eran las últimas representantes del pueblo misionero, que desaparecía del escenario del Río de la Plata, en el que por más de dos siglos había tenido papel protagonista.



Conclusiones

El proceso de la revolución rioplatense en el área este de ese territorio (actuales provincias mesopotámicas de Argentina, la totalidad de Uruguay y sur de Brasil) se inició en 1810 y se prolongó, en líneas generales, hasta 1828. A causa de las vicisitudes bélicas, durante dicho período se produjeron diversos movimientos de poblaciones, destacándose dentro de ellos los que tuvieron como protagonistas a los indígenas guaraníes-misioneros, habitantes de las antiguas Misiones Jesuíticas, las cuales al finalizar las dos décadas revolucionarias, terminaron por quedar destruidas y desiertas. Esos millares de indígenas no “retornaron a la selva” como antiguamente se decía por vacío de conocimientos históricos y exceso de romanticismo, sino que se derramaron a lo largo y ancho del territorio rioplatense, constituyendo un relevante aporte demográfico y cultural en áreas hasta entonces poco pobladas.

Así sucedió en el actual territorio del Uruguay, pues buena parte de dichos pobladores terminaron integrándose como habitantes del medio rural o de nuevos centros poblados dejando una fuerte herencia de sangre y cultura. Destacar estos movimientos migratorios indígenas hacia Uruguay

- en el momento en que nacía como Estado - constituye un tema de relevancia, dado que cuestiona severamente el imaginario hegemónico que siempre pretendió mostrar al Uruguay como un país carente de toda herencia indígena y constituido exclusivamente por corrientes de inmigrantes del Viejo Mundo.

Bibliografía

- AUBOUIN, Jean Isidoro 1968 *Bella Unión. Reciente destrucción de los indios guaraníes y charrúas*. (Publicación y traducción de José J. Figueira) Montevideo, Editora Minas.
- BERAZA, Agustín 1968 *Rivera y la independencia de las Misiones*. Montevideo, Banda Oriental.
- Comisión Nacional del Archivo Artigas 1944 al presente *Archivo Artigas*. Montevideo.
- CURBELO C.; Risso, M. E. Padrón O. 1998 "Una población guaraní-misionera en territorio uruguayo: San Francisco de Borja del Yí" en VII Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas, Resistencia pp.157-172.
- FURLONG, Guillermo 1937 "La misión Muzzi en Montevideo 1824-1825" en *Revista Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, Montevideo T. XIII.
- GRANADA, Daniel 1889 *Vocabulario rioplatense razonado*. Montevideo, edición del autor.
- GRANADA, Daniel 1897 *Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata*. Montevideo, Barreiro y Ramos.
- MACHÓN, Jorge F. 1994 *Misiones después de Andresito*. Jardín América-Misiones, edición del autor.
- MACHÓN, Jorge F. 1998 *José Artigas Gobernador de Misiones Jardín América-Misiones*, edición del autor.
- MACHÓN, J. F. – Cantero, O. D. 2006 *Andrés Guacurará y Artigas, Posadas-Misiones*, edición del autor.
- MAEDER, Ernesto 1983 "Los últimos pueblos de indios guaraníes: Loreto y San Miguel (1822-1854)" en *Actas Simposio de Estudios Misioneros de Santa Rosa, Río Grande del Sur*.
- MICHOELSSON, Ernesto 2008 "Tacuarembó guaraní- misionero" Tacuarembó Centro de la Memoria.

- PADRÓN, Oscar 1992 Historia de Durazno Montevideo, Intendencia de Durazno.
- PADRÓN, Oscar 1996 Ocaso de un pueblo indio. Historia del éxodo guaraní-misionero al Uruguay. Montevideo, Fin de Siglo.
- PADRÓN, Oscar 1999 No venimos sólo de los barcos. Durazno, edición del autor.
- PADRÓN, Oscar 2000 Los inmigrantes olvidados Durazno, edición del autor.
- POENITZ, Erich L. 1984 "La disolución de las Misiones: último capítulo" en Revista Folia Histórica Universidad Nacional del Nordeste Resistencia.
- POENITZ, E. – Poenitz, A. 1993 "Misiones, provincia guaranítica. Defensa y disolución 1768- 1830 ". Posadas, Editorial Universitaria Univ. Nacional de Misiones.
- POENITZ, Alfredo J. Erich 1999 "La ocupación del espacio y la consolidación de las fronteras en la alta cuenca del río Uruguay (1801-1840)" en Regina Gadelha Missões Guarani: Impacto na sociedade contemporânea San Pablo.
- PUEYRREDÓN, Manuel A. 1976 "Campaña de Misiones en 1828" en Boletín Histórico del Ejército Montevideo, N° 153-156 pp. 175- 204.
- SAINT HILAIRE, Auguste de 1962 "Viaje a Río Grande del Sur" en Horacio Arredondo Anales históricos. Montevideo, T. IV pp. 307-532.
- SALABERRY, J. F. 1926 "Los charrúas y Santa Fe" Montevideo.